

Orígenes y Desarrollo de la Antropología del Trabajo.

Augusto Urteaga Castro Pozo*

Aclaración sobre los orígenes.

Si brevemente se recordara todo lo que el paquete temático de hace poco más de una década preocupaba nuestros quehaceres, iluminaba nuestras discusiones y guiaba algunas fallidas pero locuaces intenciones. No sólo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), sino en el contexto intelectual de radicalización política se propiciaban miradas perspicaces, recuentos críticos, reconocimientos de lamentables omisiones y una terca búsqueda de todo lo que se debía hacer en el campo de la antropología.

El indigenismo era la prueba palpable del desprecio, del arrebató nacionalista hacia los indios por parte de una nación prácticamente avergonzada de sí misma. La antropología de huarache, meritoria en su encuadre monográfico pe-

ro monacal e insípida, resultaba un blanco perfecto para una muy incisiva opinión crítica que después del año 1968 inundó los pocos espacios abiertos en las atmósferas académicas e intelectuales del momento. Los tiempos modernos llegaron repentina y violentamente: el aparato cultural —como todo el cuerpo político institucional de la nación— recibía lenta pero inexorablemente el impacto del “movimiento”.

De hecho, el propio pensamiento antropológico que topaba cara a cara con el avatar de la modernidad y los estilos del desarrollo, había propiciado más de una polémica en relación a las temáticas preferentes de investigación, las prioridades institucionales, las metodologías utilizadas y las adscripciones teórico y políticas de los autores. En México, y de seguro lamentablemente, esta precoz pero enjundiosa polémica se dio en torno al libro del antropólogo norteamericano Oscar Lewis *Los hijos de Sánchez* (1964), que si bien le abrió una vasta divulgación, en cambio no posibilitó la profundización de una veta de análisis que hoy por hoy

* División de Estudios Superiores—ENAH.

prácticamente se ha constituido en *la variable* dominante en los estudios de antropología del desarrollo social: todavía en ese momento el nacionalismo pudo "imponerse" a la ciencia del *test*, la maravilla de la grabadora y la siempre discutible pero mordaz mirada sobre lo otro.

Iniciados los años setenta, desde diversas ópticas y posiciones la problemática de modernidad y tradicionalidad en la antropología mexicana empezó a superar la ya entonces "clásica" y violenta crítica al indigenismo oficial. Este pasaje tuvo que llegar por el camino de los hechos (comúnmente transitado no sólo por la mexicana sino por casi todas las antropologías) y rápidamente se transformó de una negación de temáticas tradicionales; en una afanosa búsqueda e identificación de sujetos de estudio que intentaba demostrar, indefectiblemente, el nuevo rostro social de un país distinto que transitaba más o menos rápidamente hacia un cambio estructural de magnitudes sólo perfiladas casi medio siglo antes.

Ciertamente, "cambio social", migraciones y urbanización, asociados a innovación tecnológica y a una más bien deseable imagen de modernidad, eran temáticas que habían ya sido tratadas en México y en otros países del Tercer Mundo desde la década de los años cuarenta, por antropólogos norteamericanos culturalistas y por los británicos aferrados a su ya tradicional advocación funcionalista; este fenómeno propició y formó seguidores intelectuales, como bien se ha señalado. Por su parte, el desarrollo institucional de la política cultural del Estado, aunque limitadamente, permitió la apertura de estudios —aislados e individuales— sobre el impacto de los procesos de industrialización en las áreas periféricas, campesinas e indígenas del territorio nacional, iniciándose así un ciclo de investigaciones sobre reacomodos poblacionales, construcción de presas, sistemas de riego y polos de desarrollo industrial regionales y locales, etcétera.

Aunque un poco más tarde, este mismo proceso fomentó en la "apertura" del sexenio del presidente Echeverría Álvarez y el siguiente de José López Portillo, entre los años 1974—1982, la constitución de proyectos y asociaciones de proyectos de investigación social sobre la temática de clase obrera, localización industrial, acción sindical, proletarianización, de tecnología industrial y procesos de trabajo, así como del entramado empresarial en las situaciones industriales.

Indudablemente y para que esta aclaración valga, habría que reconocer —en el mejor sentido del término— que estos antecedentes, flujo e influjo de investigaciones tramadas al calor de la polémica en el interior de la disciplina, por un lado, y de los movimientos políticos de contestación a los estilos de la modernidad por otro, encontraron pronto y a poco de buscarle una importante cuota de estudios *pioneros* en las temáticas señaladas: este fenómeno ha sido ya acertadamente seguido y simplemente habría que agregarle una revisión de mayor cobertura analítica (y aun de relectura) del ya largo catálogo de tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y de otras a la que se podrían inscribir temas tales como los orígenes de las técnicas, la división del trabajo y la organización social del mismo desde una perspectiva etnológica de conjunto que no deje de con-

siderar la persistencia, adaptación y creación de las llamadas artesanías indígenas y populares.

La "inmersión" de la antropología en los mares de la clase obrera y sectores sociales aledaños en los últimos dos lustros ha provocado muchas sorpresas, algunas polémicas y también algunas críticas. Puede decirse que la presentación de un bloque de ponencias en la Mesa sobre "El antropólogo y los obreros", en mayo de 1983, durante el III Encuentro sobre la Práctica Profesional de la Antropología del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A. C., sin demostrar aún la totalidad del espectro de posiciones de los antropólogos sobre la temática que nos ocupa, definitivamente significó un explícito reconocimiento del gremio para una actividad cuyos principales interlocutores académicos estaban, hasta entonces, ubicados en su exterior.

Si bien esta "inmersión" en campos no desarrollados por los antropólogos se realizó con toda la ingenuidad teórica—metodológica del caso, como se ha apuntado por allí, facilitó un sesgo en su propio desarrollo como disciplina (por ejemplo, actualizando sus sujetos de estudio y de paso *politizando* el complejo campo de su objeto) y también colaboró a refrescar la discusión, estudio e investigación del problema—clase—obrero usualmente manejado, hasta entonces, de manera historicista y mecánica por la literatura sociológica, política e histórica. Además, y esto es lo más importante, la antropología al aportar nuevos datos, tratamientos monográficos y profanar una sacralidad poco comprobada, facilitó una verdadera confluencia en aportes de investigadores que aunque no provinieran de sus filas han incorporado a su utilería profesional lo mejor de la tradición empírica de las ciencias sociales modernas: tomarle la espalda a los prejuicios, la observación participante y el reconocimiento en el seno de los actores mismos la percepción de una imagen documentada de su propia condición y entorno sociales.

En este aspecto, es notoria la participación de investigaciones que provienen de disciplinas consideradas tradicionalmente "marginales" al corpus troncal de las ciencias sociales; por ejemplo, la antropología física, la ergonomía, la medicina social, las ciencias de la salud, el trabajo social, la administración de empresas, el derecho laboral, etcétera.

El verdadero impacto de la antropología obrerista tal vez pueda ser medido por la presencia de unidades de investigación *ad hoc* que en las instituciones superiores (de investigación y/o docencia) gozan ya hoy en día de una vida regular. Así, se podrían relevar actividades equivalentes en el CIESAS, en los Colegios de Michoacán y de Jalisco, en diversas dependencias del INAH (fundamentalmente de historia contemporánea y antropología), en la Universidad Iberoamericana, en la Universidad Autónoma Metropolitana, etcétera.

Aunque tal vez este impacto sólo podrá ser medido en toda su amplitud en cuanto se pueda, finalmente, revalorar la dimensión e importancia que tuvo la muestra que en el Museo Nacional de Culturas Populares se montó a propósito de las manifestaciones culturales de los medios obreros: "Obreros somos..." en 1984. Con esta exposición el tema ingresa por la puerta grande al escenario museal de México: ante una antropología preferentemente adicta a los te-

mas *conservadores*, y que incluso había reducido al de los obreros a la categoría de tema tabú —en todo caso “de moda” ideológica— los sectores sociales obreros fueron colocados “en vitrina” en una muestra que intentó un tratamiento museográfico en el que el papel de la gráfica vuelve a ser reivindicado como un activo ingrediente en la historia popular y los obreros y sus espacios “recolocados” en el escenario de la contemporaneidad.

El punto de partida

Sin lugar a dudas habría que reconocer un tronco común originario en las preocupaciones de la antropología metida en la cuestión obrera (desde un punto de vista institucional y profesional) en el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), alrededor de 1972-74, en el que Angel Palerm fomentó e instigó la necesidad de investigar a la clase obrera. Con la cooperación de Victoria Novelo, Guillermo de la Peña y Juan Recio, entre otros, se fundamentó un proyecto al respecto y en torno a una temática que hasta hoy podría considerarse básica en cualquier país capitalista periférico: ¿cuál es, o cuáles son las modalidades del desarrollo económico que permiten la formación histórico social de las clases obreras de tipo industrial moderno, y cuáles son los procesos que les permiten integrarse en contextos tradicionalmente agrarios; incluso étnicamente delimitados?

Como ya ha sido mencionado, el clima político general de México, después de los acontecimientos de 1968 volteaba los ojos hacia los sectores obreros y populares en tanto clases fundamentales, con la esperanza de encontrar en ellos a los interlocutores que allanaran el camino hacia nuevas opciones sociales de desarrollo. Por lo demás, el inicio de la década pasada se significó por una importante oleada de jornadas obreras cuya demanda principal se centró en la democratización de los aparatos sindicales, corporativizados dentro del sistema político hegemónico por el partido de gobierno (PRI). Lo que aglutinaba a dichas movilizaciones y conflictos así como lo “novedoso” de esa articulación, consistió en el hecho de que se manifestaba por el protagonismo de significativos (y numerosos) núcleos del proletariado industrial moderno, tanto de empresas estatales como privadas: mineros, siderúrgicos, ferrocarrileros, electricistas, automotrices, etcétera.

A este marco general, en el que se encuadra este breve recuento de la investigación antropológica sobre los obreros, había que añadir —incluso con mayor rigor— los perfiles del escenario académico que en ese entonces debatían internamente las disciplinas sociales. En este sentido, el punto de partida estaba claro: aquí y allá, en todas partes, los procesos de modernización capitalista minaban las tradicionales bases sociales de reproducción de fuerza de trabajo campesina en escalas nunca vistas desde la inauguración del “milagro mexicano” y el desarrollo con estabilidad. El campesinado se *descampenizaba* y le inyectaba a los nuevos procesos sociales (urbano - industriales, predominantemente) maneras de presentarse y direccionalidades que no precisamente apuntaban con arreglo a los cánones “clásicos” de otros procesos históricamente dados (en general todas las revoluciones industriales modernas).

Este debate, de paso, terminó por recuperar al campesinado —incluidas sus variables étnicas— como un objeto de estudio propio de la antropología mexicana en contraposición a las consideraciones sobre “primitivos” y “salvajes” surgidos de la etnología en los países industrializados y aún colonialistas. La antropología se sumaba así a los esfuerzos de la sociología del desarrollo y a través de ella a los ricos puntos de reflexión histórica propios del pensamiento social latinoamericano; asumía, por fin, un lugar nodal en la clásica reflexión durkhemiana sobre la división social del trabajo y se emparentaba con la historia social europea de corte marxista, que intermitente pero puntualmente, había seguido documentando la tradición inaugurada por Federico Engels en su clásica monografía *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

A estas condiciones se podría añadir un elemento crítico, que jugó y sigue jugando un papel estratégico en la demarcación de las especificidades y “diferencias” que los enfoques antropológicos guardan en relación a los estudios sobre el movimiento obrero proclives a enfatizar sus macroaspectos organizativos; aquellos que subrayan el comportamiento de los grandes dirigentes durante las grandes huelgas y, obsesivamente, el por qué y el cómo las centrales obreras y los sindicatos nacionales fueron gradual o violentamente perdiendo su autonomía en relación al aparato de Estado. Este tipo de estudios (oficiales o no), fueron y siguen siendo criticados desde la simple perspectiva de que a pesar de contar con un notable arsenal de documentación (hemerográfica principalmente) no han permitido una imagen completa de la condición obrera, en todo caso al remarcar sólo los aspectos más agregados del proceso de control político y de administración de las demandas sociales y de un vasto y heterogéneo conglomerado social cuya situación de clase no puede ser definida exclusivamente como una cuestión de principios. Esta propuesta crítica, por cierto, empezó a asomarse desde la Escuela Nacional de Antropología e Historia, a través de talleres de investigación y algunas tesis profesionales en ese entonces marginales. Esta posición tuvo un correlato más: los procesos de urbanización propios del desarrollo moderno del México de las últimas dos décadas confieren al *espacio urbano* una importancia fundamental al constituirse en un espacio privilegiado de producción y reproducción de la fuerza de trabajo y en tanto se ubica como una de las sedes predilectas de la producción industrial.

Asimismo, la búsqueda de un territorio para las maniobras de investigación desde la antropología tuvo que pasar, también, por la reafirmación de temáticas que le son propias como las de familia, parentesco, socialización, educación, simbolismo, etcétera; en fin, todo aquello que podía llevarla y/o acercarla a una conceptualización histórica del perfil de una *cultura obrera*. Sin embargo, como siempre, la incipiente antropología del trabajo, o industrial, manejó en su origen los mismos modelos de investigación propuestos por la antropología clásica, cuyas características básicas siguen siendo la realización de estudios de caso presumiblemente ilustrativos de situaciones más generales.

Con todo, y no sin desavenencias de partida referidas a la metodología y la en ese entonces tan en boga discusión sobre las filiaciones teóricas, las coincidencias se presenta-

ron finalmente en la necesidad de realizar *investigación directa* a través de trabajo de campo prolongado. Este hecho merece ser destacado: todavía hoy no es fácil para los antropólogos ponerse de acuerdo sobre cuestiones aparentemente tan sencillas como las de producir información propia, elaborar bancos de documentación etnográfica y utilizar técnicas interdisciplinarias de captura y procesamiento de la información factual.

De esta forma, por ejemplo, pudo resolverse procesualmente la muy de entrada discrepancia entre las tendencias que acentuaban los estudios de caso y aquellas que simplemente insistían en el estudio del contexto configuracional. La primera de ellas aludía y simpatizaba casi sin mediaciones con las monografías antropológicas (hoy llamadas paradigmas) de cuño clásico; la segunda, emparentaba sin ambages lo antropológico a la sociología, la economía y la ciencia de lo político y casi—casi sin mediaciones eludía el tránsito monográfico propio de un enfoque antropológico en ese momento en radical cuestión.

Prolegómenos del camino

Como se ha podido observar, los puntos de partida fueron diversos como diversas serán las inmediatamente posteriores discrepancias y convergencias en estos casi ya tres lustros de estudios antropológicos obreros. Aquí intentaremos tipificar simplemente aquellas que se han perfilado como *tendencias predominantes* y que, feliz o infelizmente, se conservaron dentro del marco de preocupaciones de las disciplinas antropológicas y objetivamente —aunque con esto no se quiera eludir respetables abjuraciones y desprecios— utilicen una perspectiva de investigación claramente orientada a la extracción y manejo de información empíricos.

En este sentido podemos demarcar dos tendencias predominantes:

1.- La que arranca de la preocupación por *medir* los impactos y costos sociales del desarrollo industrial entre la población no directamente incorporada a unidades productoras formales y/o en aquella de muy reciente incorporación al ejército industrial;

2.- La que inspirada en el marxismo intenta comprobar la existencia “ya consolidada” de una clase obrera mexicana, *estructuralmente* definida.

Ambas tendencias no sólo se entrecruzan, sino revelan muy en el fondo un acontecer de ideas, enfoques, proyectos utópicos y reales manifestados a los mandos de decisión en el quehacer antropológico con mayor o menor éxito y con mayor o menor fracaso. Ni modo: la más novel de las disciplinas de las antropológicas en México tuvo que pagar tributo a ciertas incompresiones, abatimientos y caminos insospechados, resultado todos ellos de un aparente y ya santificado camino propio de *toda* la antropología practicada en el país.

Este hecho también contó: en la nación de la antropología confesada indigenista terminamos surcando aguas agitadas y muchos pantanos dictados bien por la comodidad, bien por la incompetencia de una élite que había asumido dema-

siado pronto los caminos de la conformidad e inconformidad indigenistas. Con todo, todavía habría que interrogar a los verdaderos responsables de la supresión para la antropología del estudio y atención de los pliegos petitorios de los revolucionarios obreros, de las demandas de los proletariados y de todos aquellos que tuvieron que enfrentar de mil y un formas las violentas hegemonías de la hasta hoy incesante modernización urbano industrial.

La primera tendencia partió de considerar el proceso de incorporación de los sectores sociales al desarrollo industrial como un punto clave para el arranque y evolución de la modernidad de cara a las sociedades tradicionales: el nuevo asalariado no sólo se incorporaría al dinamismo del desarrollo industrial contemporáneo, sino *también* lograría conservar las características de su origen socio cultural inmediatamente anterior. Así, el “impacto” es destacado en términos de una dicotomía descampesinización proletarización que acentúa el primer elemento al concebir la adaptación a la nueva situación como un proceso de cambio. A su vez, la consideración de este proceso fluctúa entre la transitoriedad económica del punto de destino que al no garantizar una estabilidad laboral y social “deseada” condicionará al campesino—artesano a por lo menos intentar conservar y/o recomponer una situación original que propició su expulsión como mano de obra.

Habría que insistir que tanto esta como la otra tendencia no expresan sino los énfasis y propuestas dominantes que muchas veces obligan a no ser totalmente justos con autores e investigadores que trabajan la temática que nos ocupa, tanto individual como cronológicamente; en este sentido, esta primera tendencia si bien no deja absolutamente el tratamiento del proletariado industrial propiamente dicho, enfatiza más bien sus preocupaciones hacia los contextos regionales de la industrialización. Por ejemplo, se miden los efectos de la instalación de la Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca (CIVAC) “en una zona campesina”; en la Ciudad de Guadalajara y en el Sur del mismo estado de Jalisco; en Puebla, tanto en la capital como en la zona industrial; en Hidalgo (en sus zonas minera, textil y de instalaciones metalmecánicas y automotrices); en Tlaxcala, en el corredor de pequeñas y medianas empresas que va desde Santa Ana Chiautempan hasta Calpulalpan, etcétera.

El “impacto” se enfatiza en los términos de la dicotomía ya mencionada y por ello se otorga preferencia a los estudios de comunidad y estructura familiar, sin necesariamente darles un marco de referencia y ubicación en la problemática económica, política y social de carácter nacional. Sin embargo, no mucho tiempo después, los autores de esta tendencia incorporan este tipo de macro análisis relativos a las orientaciones generales de la sociedad nacional en relación al capitalismo internacional, de acuerdo con los estudios de la época sobre el proceso global de desarrollo.

Este paso necesario, adoptado con cierto sobresalto, reforzó sin embargo la postura teórica, metodológica e instrumental que enarbó como objetivos claves en la documentación etnográfica a los pueblos y comunidades locales resaltados como elementos de resistencia (se insiste en las visiones más bien estáticas de la “pequeña” comunidad), o en todo caso, de adaptación a una situación de cambio presumiblemente externa y transitoria: en tanto la transforma-

ción operaba para que todo siguiera igual lo importante era observar cómo se las arreglaba la gente —a través de estrategias funcionales— para subsistir, para seguir siendo lo que habían sido y son.

Tal vez, esta última situación explique el por qué, en un primer momento, se intente privilegiar como unidad de análisis la dimensión empresa, el entramado de la organización empresarial y la realización mercantil por sobre las de suyo contradictorias relaciones (tradicionales y más bien propias de los sistemas de producción artesanales y manufactureros) entre capital y trabajo. Incluso, aunque de ello no esté exenta ninguna de las tendencias, la descripción del proceso biográfico por el cual uno o varios empresarios lograron imponerse a la adversidad —fundamentalmente local— y consolidar empresas de dimensiones medianas y grandes se ha seguido como una ruta iluminadora en la conformación de las ideologías y comportamientos empresariales todavía hoy vigentes.

Lo que sí salta a la vista y debería reconocerse tal vez de una manera más abierta, es que en ella se dieron y mantuvieron los elementos que conservaron (dicho sea en el buen sentido) los temas comúnmente aceptados como tradicionalmente antropológicos: persistencia y resistencia al cambio, redes de solidaridad y ayuda mutua; familia y parentesco, apertura de canales informales para la producción y el consumo; diversificación de la vivienda para fines "distintos" a la esencia campesina, etcétera. Esta tendencia intentó responder así a una cuestión que hoy en día todos estamos de acuerdo en que es nodal para la comprensión de la modernidad urbanizadora e industrial propia de los estilos del desarrollo en la América Latina de nuestro siglo: ¿cómo carambas se hace para vivir en la modernidad, las maquiladoras y la pobreza?

A este respecto habría que agregar que los antropólogos tendríamos mucho por aprender de las elaboraciones monográficas, de los testimonios de protagonistas anónimos —incluso de las secuencias aparentemente tan contradictorias de las luchas sociales, a veces también pulcramente reseñadas— y tal vez adoptar un punto de vista simplemente más comprensivo y menos grandilocuente que permita acercarnos al fino entramado de la resistencia y la participación social organizada conforme a la percepción colectiva, no por ello menos compleja.

Sin embargo, valga decirlo, esta primera "fase" fue superada prontamente y por lo menos en intenciones los estudios de caso documentaron posiciones críticas que bastante lograron al dimensionar los efectos de un *estilo* de desarrollo económico cuyas bases estructurales habían dejado de considerar, precisamente, los aspectos sociales de considerables sectores de la población rural y urbana. Esta situación permite el acceso a un mayor compromiso académico con la investigación profesional en la medida que, valga decirlo también, varios antropólogos surgidos de esta tendencia realizan trabajos en medios urbano—industriales y empiezan a tener una decisiva influencia académica a través de sus prácticas sociales y políticas.

Esta tendencia es finalmente *procesual* en tanto que su inspiración culturalista —y su necesario pasaje de elaboración monográfico— es readeuada en el interior de un contexto predominante, mismo que tiene la capacidad de confi-

gurar el proceso "global": así, estudios de caso (ricos en sí mismos) son agregados al *hinterland* regional como unidad de referencia mayor para la elaboración y reelaboración de propuestas teóricas y de hipótesis de trabajo que tendrán que ser investigadas... en más casos. Esta "clave" metodológica se expresa en una serie de investigaciones en las que la polarización centro/periferias regionales constituye el tema recurrente.

Casi microlocal, con todo, esta tendencia aportó y sigue aportando sobre los ya hoy consagrados como grandes temas: clase, sindicatos, modalidades del trabajo industrial en contextos sociales diversos, innovación tecnológica, empleo, desempleo, etcétera. Su mérito ha sido el sostener la tradición antropológica de obligar a las "grandes" teorías a por lo menos volver la vista ante las evidencias.

En lo que se refiere a la segunda tendencia, ésta intenta, como ya se dijo, elaborar una explicación de los fenómenos del trabajo y la industrialización desde una perspectiva estructural —totalizadora inspirada en el marxismo. Así, las categorías más recurrentes en su conceptualización fueron extraídas de los textos sobre la formación de la clase obrera de acuerdo a las pautas seguidas por la llamada "revolución industrial británica" y en general el modelo de desarrollo capitalista adoptado por las naciones europeas hasta principios del siglo presente.

Se sustenta, con algunas divergencias, en las teorías sobre la dependencia económica, las de industrialización sustitutiva de importaciones y las que destacan las funciones de acumulación y reproducción social como adjetivos al estado moderno en México y en América Latina. Con estas orientaciones esta tendencia configuró un encuadre teórico cuya finalidad era la de comprobar recurrentemente el crónico cuadro del atraso económico y social de los estados nacionales latinoamericanos.

Originalmente intenta demostrar *ojos vista* que los datos censales sobre la población económica activa eran básicamente correctos desde la perspectiva de que el México agrario, tan documentado y querido por su historia, tendencialmente dejaba de ser tal (no olvidemos que esta corriente se da de cara a la crítica de las concepciones históricas oficiosas sobre la Revolución y el "milagro" mexicanos). Así, el país ya no era todo lo agrario que se pregonaba y sí más obrero de lo que hasta ese entonces podía imaginarse: descampanización y proletarianización se presentaba para esta tendencia como los polos de un fenómeno mayor de desarticulación de las bases tradicionales de toda la sociedad.

De entrada ubicó como sujeto de estudio a la población incorporada *directamente* en los procesos productivos industriales, explicitando la nitidez de la "categoría" clase obrera fundamentalmente en las ramas de la industria llamadas "de punta" y en aquellas en donde se localizan las empresas estatales y paraestatales. Así, el "estilo" del desarrollo económico reciente de México no fue rechazado en tanto que tal (sus efectos sociales no son sustanciales, ni determinantes), sino en tanto que en última instancia constituye el proyecto de las clases dominantes. La industrialización crea una clase obrera que debe de estar en alguna parte y exactamente como la describen los textos clásicos sobre ella: esta tendencia se derivó —hay que reconocerlo hoy en día así— de un vanguardismo imperante en los sectores es-

tudiantiles y universitarios y de las objetivas situaciones de crecimiento urbano y concentración exacerbada de la planta industrial.

Originalmente los contextos —hinterland de estas situaciones fueron tomados como la fuente de potenciales proletarios en vías de constituirse en verdadera clase obrera: el ejemplo más claro de este hecho era la positiva respuesta a las expectativas de movilidad social y ocupacional que cada polo de desarrollo industrial genera en las poblaciones en donde se le establece o aledañas. También, valga decirlo, incorpora temas nítidamente antropológicos, pero desde una postura fundamentalmente crítica —muchas veces a priori— y desde un esquema que podríamos denominar evolucionista en tanto que intenta colocar a la obrera como la clase “tendencialmente” progresista, a la luz no de una sino de muchas monografías: como se puede colegir, esta tendencia se originó en una postura académica fraguada en medio de un no muy apacible ambiente político que en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (en los años setenta) cuestionó absolutamente una entonces imperante atmósfera académica e institucional esclerótica y burocratizada.

Poco después —y aquí podemos distinguir una orientación dentro de esta segunda tendencia— enfló sus preocupaciones hacia una perspectiva metodológica específica que centró su objeto de estudio en el eje histórico de la concepción y ejecución del trabajo humano en la vasta diversidad de los sistemas productivos (capitalistas o no), e inspirada en el gran tema etnológico durkhemiano de la “división social del trabajo” y en los materialismos culturales posteriores. Este eje considera a la relación *capital-trabajo asalariado* como el marco privilegiado del análisis e investigación del clásico tema abonado por Marx pero desdeñado por los marxistas posteriores: el del *proceso de trabajo y la división capitalista del trabajo*.

Es una intenciona por llevar la investigación antropológica directa y de campo al espacio mismo en donde la también clásica teoría del valor se verifica como producción/reproducción real y es la llave del reino en el sistema capitalista: el espacio fabril propiamente demarcado, el ámbito del trabajo y de las formas de explotarlo. Pero es también, como se ha mencionado en otra parte, el espacio en donde *conflictivamente* se genera la posibilidad —constantemente repetida— del ejercicio autónomo de la *mano rebelde* del trabajo; y la emergencia del gozne, antagónico y complementario, de la *concepción—ejecución* como elemento unitario subyacente en todo sistema de división del trabajo. Por lo demás, este tema permite remitirnos hoy en día a otros tan significativos como la diversidad de los sistemas productivos, las calificaciones obreras y las especializaciones diferenciadas de la mano de obra industrial.

Esta tendencia destaca el conflicto contra el capital como tema recurrente en el marco de las macro —teorías sobre la lucha de clases, antes de plantearse el problema acerca de cómo se vive en la dominación, sobre todo si se toma en cuenta de que en México si algo caracteriza a las instituciones sindicales de los medios obreros es la estabilidad y el predominio de sus aparatos de representación en el sistema político imperante. De esta forma se ha constituido en una etnografía de “los grandes momentos” desde el punto de

vista de que presumiblemente configuran los niveles “más altos” de la conciencia proletaria.

A pesar de estas limitaciones, estas etnografías radicales se han constituido en importantes síntesis descriptivas de verdaderos intentos de actuación de los sectores obreros con respecto a la globalidad de su situación social. Por ejemplo las monografías de huelgas ya pueden empezar a revelar los endebles cimientos de las grandes teorizaciones sociológicas y políticas, principalmente, al destacar en la clase obrera sólo sus comportamientos como masa de manobra para empresas no del todo proletarias. Incluso, a la luz de estas mismas monografías, el llamado *charrismo* sindical resulta funcional para el propio ejercicio social de la clase obrera en su condición actual y al perfilarse, más bien, como un estilo vigente de conciencia obrera.

Con todo, esta etnografía de conflictos obreros revela también dimensiones olvidadas y no reconocidas usualmente como son los resquicios fabriles; esos verdaderos espacios no mensurados —cuantitativa y cualitativamente— en donde el asalariado se recupera, cobra nueva vida, reorganiza la resistencia cotidiana al capital y eventualmente enfrentarsele.

El análisis de casos, vr.gr. secciones sindicales, ciudades industriales medianas, enclaves mineros, ‘polos’ de desarrollo, etcétera, ha enfatizado el estudio de las llamadas instituciones *formales*, fundamentalmente de los sindicatos con marcada preferencia por los considerados “menos charrificados” y “más independientes”, o de pérdida “más o menos democráticos”. Así, prácticamente se ha desdeñado el estudio de los mecanismos *informales* (aunque esto se esté corriendo en los últimos años, por ejemplo con las investigaciones de la condición femenina de la fuerza de trabajo en los contextos de maquila industrial; los que se realizan sobre la salud de los trabajadores y los diversos mecanismos de su participación política y electoral en contextos urbanos, entre otros) que bien mirados conforman el habitat social y cultural cotidiano en donde finalmente los sectores obreros realizan los procesos de reproducción de la clase.

También esta tendencia ha insistido en desarrollar una posición *preferentemente sincrónica*: como bien se observa, el estudio de casos y el análisis de situaciones específicas en un marco bastante general ha impedido —hasta ahora en que ya se empiezan a realizar estudios encuadrados en la perspectiva de las ramas industriales, o bien de sectores de actividad— la utilización de métodos comparativos que posibiliten la elaboración de propuestas que abran nuevas perspectivas de investigación y que busquen superar tanto los postulados “tendenciales” como los enunciados “ilustrativos” de situaciones presumiblemente generales. Asimismo, y esto atañe seguramente con mayor propiedad a la problemática de las teorías del conocimiento en la antropología, el estudio de situaciones sociales determinadas ha insistido demasiado unilateralmente en una perpetua “readequación” y relativización de las usualmente llamadas determinaciones de última instancia, y en la terca obsesión por “explicar” —no importa si con nuevos datos— marcos, modelos y paradigmas cuya vigencia, en todo caso, no puede basarse exclusivamente en una sacrosanta quietud.

Como es ya comúnmente aceptado, lo sobresaliente en los derroteros de la antropología mexicana ha sido su permanente vocación por encontrar adaptaciones (en enfoques, métodos y aplicaciones) que le permitieran acercarse a la comprensión de los problemas actuales a la luz de su origen y desarrollo. El que esta situación no haya sido llevada a cabo plenamente, e incluso que a veces sólo predominara institucionalmente alguna de sus variables, no le quita a esta afirmación toda validez.

En efecto, de una original posición crítica con respecto a la historiografía política sobre la clase obrera y el movimiento sindical, pronto se evolucionó hacia la elaboración de una historia propia en un intento por recuperar —en las historias de vida, en los papeles guardados por los viejos

obreros, en los relatos proletarios y en las letras de corridos no reconocidos— una memoria de la vida, andanzas, victorias y frustraciones de muchísimos protagonistas que iluminaron e iluminan ese aún no elaborado gran álbum que seguramente es el mundo del trabajo obrero. Así, el antropólogo hoy ya debe de combinar, junto a la observación participante y las prolongadas estancias *in situ*, una acuciosa revisión de archivos y bibliotecas, así como otras fuentes documentales de muy diversa elaboración y a cargo de distintas instituciones públicas y privadas.

Así como la historia de la formación de las clases obreras está todavía por hacerse, la de la antropología metida en los campos del trabajo industrial es también una ventana abierta.

Bibliografía

- ALONSO, Jorge (Ed.)
1980 *Lucha urbana y acumulación de capital*. México, Ediciones de la Casa Chata.
- ANAMARIO FORASTERI, María V. y M. Estela MARTINEZ TELLEZ
1980 *Ergonomía y salud en trabajadores petroleros. Un estudio de caso en pozos de perforación terrestres*. México, Tesis licenciatura en antropología física, ENAH.
- ARIAS, Patricia
1983 *Fuentes para el estudio de la industrialización en Jalisco. Siglo XX*. México, Cuadernos de la Casa Chata Núm. 74, CIESAS.
- ARIAS, Patricia (Coord.)
1985 *Guadalajara, la gran ciudad de la pequeña industria*. Zamora, Mich. El Colegio de Michoacán.
- ARIAS, Patricia
1986 "Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en los Altos de Jalisco" en *Relaciones*, vol. VII, Núm. 28. Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán.
- ARIAS, Patricia y Lucía BAZAN
1977 *Civac: un proceso de industrialización de una zona campesina*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- AZAOLA, Elena
1984 *La clase obrera como sujeto de estudio en México (1940-1980)*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- BAZAN, Lucía
1981 "El sindicato independiente de NISSAN Mexicana" en *Memorias del Encuentro sobre Historia del Movimiento Obrero*. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- BESSERER, Federico, Victoria NOVELO y Juan Luis SARRIEGO
1983 *El Sindicalismo minero en México. 1900-1952*. México, Ediciones Era.
- BUENO, Carmen
1976 *La promoción oficial de empresas cooperativas en Ciudad Sahagún*. Hidalgo, México, Tesis de licenciatura en Antropología Social, UIA.
- CAILLEJA, Margarita, Celia FALOMIR y Javier MADRAZO
1980 *Unidades domésticas y la organización del trabajo en la industria del calzado en León, Gto.* México, Tesis de licenciatura en Antropología Social, UIA.
- CAMARENA OCAMPO, Mario
1981 *Un estudio de caso sobre el movimiento obrero: la industria textil en el D.F.* México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- CEDILLO ALVAREZ, Rocío
1980 *La Boquilla, Chihuahua. Historia de un pueblo electricista*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- CUELLAR SANCHEZ, Claudia
1983 *El papel de la mujer en la producción maquilera y su importancia en la reproducción de la fuerza de trabajo familiar*. México, Tesis licenciatura, Departamento de antropología UAM-1.
- DE LA GARZA, Enrique *et. al.*
1986 "La investigación sobre la clase obrera en México: un balance preliminar" en *Nueva Antropología*, México, Vol. VIII, Núm. 29.
- DE LA PEÑA, Guillermo y Agustín ESCOBAR
1986 *Cambio regional, mercado de trabajo y vida obrera en Jalisco*. Guadalajara, Jal. El Colegio de Jalisco.
- EBERGENYI MAGALONI, Ingrid
1982 *Primera aproximación al estudio del sindicalismo ferrocarrilero en México. 1917-1936*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- ECHEVERRÍA, María Esther, María de la Luz SELA y Patricia TORRES
1975 *Antropología Social en el Centro Industrial Sahagún*. México, Tesis de licenciatura en antropología social, UIA.
- ESCOBAR LATAPI, Agustín
1986 *Con el sudor de tu frente, Mercado de Trabajo y clase obrera en Guadalajara*. Guadalajara, Jal. El Colegio de Jalisco.
- ESTEVA FABREGAT, Claudio
1955 *La dinámica del carácter social. Bases para la interpretación de la personalidad del obrero mexicano*. México, Tesis maestría en ciencias antropológicas, ENAH.
- ESTRADA, Margarita
1980 *Condiciones de la reproducción social: la familia de los trabajadores del calzado en León, Guanajuato*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.

R 012212

- ESTRADA, Margarita
1983 "Trabajo femenino y reproducción de la fuerza de trabajo industrial" en *Boletín de Antropología Americana*. México. Núm. 8, Instituto panamericano de geografía e historia.
- ESTRADA, Margarita y Cecilia SHERIDAN
1986 "Familia Obrera" ponencia presentada en el *Seminario Producción y Reproducción Social*. Guadalajara, Jal. El Colegio de Jalisco, 27—28 de junio.
- FLORES H., Ivonne
1981 "El mineral de Cusiuhiriachi: proceso de trabajo y vida cotidiana" en *Coyoacán*, México, Año IV, Núm. 14.
- GABAYET, Luisa
1977 "Economía familiar de los obreros de Atenquique" en Guillermo de la Peña *et. al. Ensayos sobre el sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- GARCIA, Virginia
1975 *La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco*. México, Tesis licenciatura en antropología social, UIA.
- GOMEZ TAGLE, Silvia y Marcelo MIQUET
1976 "Integración o democracia sindical: el caso de los electricistas", en José Luis Reyna *et. al., Tres estudios sobre el movimiento obrero en México*. México, El Colegio de México.
- GONZALEZ BLOCK, Miguel Angel
1981 *Ideología de las enfermedades ocupacionales y dinámica social en un contexto industrial de México*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- GONZALEZ, Oscar
1985 *Trabajar en Guadalajara: lógica empresarial y organización del trabajo en las empresas medianas*. Zamora, Mich. Tesis de maestría en antropología social, El Colegio de Michoacán.
- IGLESIAS PRIETO, Norma Victoria
1985 *La flor más bonita de la maquiladora. Historias de vida de la mujer obrera en Tijuana*. México, SEP/Centro de Estudios Fronterizos del Norte, Col. Frontera.
- KLAMROTH WATHER, Erick
1985 *El papel del trabajo en el proceso de hominización*. México, Tesis licenciatura en antropología física, ENAH.
- LABARTHE, María de la Cruz
1985 *Notas sobre el proceso de industrialización en León. Autobiografía de un obrero del calzado*. León, Gto. Cuadernos de investigación Núm. 2, El Colegio del Bajío.
- LEÑERO, Estela
1984 *El huso y el sexo (la mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala)*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- LEZAMA, Cecilia
1974 *Estudio comparativo de dos organizaciones industriales*. México, Tesis licenciatura en antropología social, UIA.
- LICONA VALENCIA, Ernesto
1984 *Los obreros en la revolución mexicana: trabajo y protesta textil durante el maderismo*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- MENDEZ, Luis
1984 *Los mineros de Taxco: amanecer de la lucha por la autonomía obrera 1970—1981*. México, Tesis maestría en antropología social, ENAH.
- MENENDEZ, Eduardo
1978 *La salud de los trabajadores: aportes para una política de salud*. México, Editorial Nueva Imagen.
- MENENDEZ, Eduardo Luis
1986 "Modelo médico, salud obrera y estrategias de acción del sector salud" en *Nueva Antropología*. México, Vol. VIII, Núm. 29
- MEZA PONCE, Armando
1984 *Fábrica y poder, Mecanismos de control empresarial (El caso de la ensambladora de automóviles Ford Villa)*. México, Cuadernos de la Casa Chata, Núm. 96, CIESAS.
- MUSEO NACIONAL DE CULTURAS POPULARES (MNCP)
1983 *Arqueología de la industria en México*. México, MNCP
- MUSEO NACIONAL DE CULTURAS POPULARES (MNCP)
1984 *Relatos obreros mexicanos*. México, 2 volúmenes, AMNCP. AC.
- NAHMAD, Salomón
1961 *Un proyecto de trabajo social en la comunidad de Ciudad Sahagún*. México, Oficina de Estudios Sociales.
- NEYMET U., Marcela De,
1964 *El cambio de campesino a trabajador asalariado de la ciudad*. México, Tesis maestría en ciencias antropológicas, ENAH.
- NIETO, Raúl
1980 *Vida de trabajo de los obreros del calzado de León, Guanajuato*. México, Tesis licenciatura en antropología, ENAH.
- NIETO, Raúl
1984 "Algunas consideraciones sobre antropología y clase obrera en México" en Margarita Nolasco (Comp.) *La antropología y sus sujetos de estudio*. México, Cuadernos de la Casa Chata, Núm. 107, CIESAS.
- NIETO, Raúl
1986 "El oficio de zapatero: antecedentes y tendencias" en *Nueva Antropología*. México, Vol. VIII, Núm. 29
- NOVELO, Victoria
1984 "La cultura obrera, una contrapropuesta cultural" en *Nueva Antropología*. México, Vol. VI, Núm. 23.
- NOVELO, Victoria *et. al.*
1986 "Propuestas para el estudio de la cultura obrera" en *Nueva Antropología*. México, Vol. VIII, Núm. 29
- NOVELO, Victoria y Augusto URTEAGA
1979 *La industria en los magueyales*. México, CISINAH—Nueva Imagen.
- NOVELO, Victoria y Juan Luis SARIEGO
1980 "Algunas cuestiones de método para el estudio de la clase obrera" en *Memorias del Encuentro sobre Historia del Movimiento Obrero*. Puebla, Pue., Ediciones Universidad Autónoma de Puebla, Tomo I.
- OEHMICHEN BAZAN, Cristina
1986 *Proceso de trabajo y respuesta obrera en la industria nuclear*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- PACHECO ROJAS, José de la Cruz
1985 *La resistencia obrera en Ferrocarriles Nacionales de México de 1950 a 1982. Una historia de vida*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- PADILLA, Cristina
1978 *Marginados o asalariados. El trabajo domiciliario de máquila en una colonia popular de Guadalajara*. México, Tesis licenciatura en antropología social, UIA.
- PIHO LANGE, Virve
1962 *La obrera textil. Encuesta sobre su trabajo, ingreso y vida familiar*. México, Tesis maestría en ciencias antropológicas, ENAH.

- POZAS, Ricardo
1958 "Los problemas sociales en el proceso urbanístico de Ciudad Sahagún", en *Ciencias Políticas y Sociales*. México, Revista de la Facultad de Ciencias Políticas, UNAM, Año IV, Núm. 3.
- QUINTAL, Ella Fanny
1986 "Sindicato, empresa y familia: los espacios de la reproducción de la fuerza de trabajo" en *Nueva Antropología*, México, Vol. VIII, Núm. 29.
- RADKAU, Verena
1984 "La Fama" y la vida. *Una fábrica y sus obreras*. México, Cuadernos de la Casa Chata. Núm. 108, CIESAS.
- RAMIREZ, Luis Alfonso
1986 *Chilchota, un pueblo al pie de la sierra*. Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán.
- REYCADAS ROBLES GIL, Luis B.
1983 *La lucha de los trabajadores de Nueva Rosita*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- RODRIGUEZ AVIÑO, Pastora
1977 "El complejo industrial de Atenquique" en Guillermo de la Peña *et. al. Ensayos sobre el sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- RODRIGUEZ, Olga
1977 "Una industria textil moderna en Santa Ana Chiautempan", ponencia presentada en el *Seminario de Antropología Industrial*. México, Universidad Iberoamericana, 24 de enero — 4 de febrero.
- SANCHEZ DE TAGLE REYNOSO, María
1983 *La condición de la mujer en Guadalajara: las adornadoras de la industria zapatera*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- SANCHEZ DIAZ, Sergio
1984 "Esbozo de la antropología del trabajo en CIS—INAH/CIESAS" en *Anales 1984*. México, Ediciones de la Casa Chata, CIESAS.
- SANCHEZ DIAZ, Sergio
1986 "Conflicto laboral y táctica sindical entre los trabajadores del calzado en León" en *Papeles de la Casa Chata*. México, Año I, Núm. 2.
- SANCHEZ Sergio, Raúl NIETO y Augusto URTEAGA
1980 "Los trabajadores de calzado en Guanajuato", en *Cuadernos Políticos*. México, Núm. 24, Ediciones Era.
- SARIEGO, Juan Luis
1978 *Los mineros de la Real del Monte. Características de un proceso de proletarianización*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- SARIEGO, Juan Luis
1986 *Enclaves y minerales en el norte de México. Historia Social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita*. México, en prensa, Ediciones de la Casa Chata, Col. Miguel Othón de Mendizabal, CIESAS.
- SARIEGO, Juan Luis y Raúl SANTANA
1982 "Transición Tecnológica y resistencia obrera en la minería mexicana", *Cuadernos Políticos*. México, Núm. 31.
- STAVENHAGEN, Rodolfo
1958 *Las condiciones socio—económicas de la población trabajadora de Tijuana*. B. C. México, Tesis maestría en Ciencias Antropológicas, ENAH.
- TORRES NAVARRO, María Isabel
1986 *La vida cotidiana de los obreros textiles de la fábrica La Purísima, Las Puentes, Veracruz*. México, Tesis licenciatura, Departamento de Antropología, UAM—I.
- UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA Y CENTRO DE INVESTIGACIONES SUPERIORES DEL INAH.
Ponencias del Seminario de Antropología Industrial. mimeo., México, CIESAS.
- URTEAGA, Augusto
1977 *Los sindicatos de Ciudad Sahagún: cuatro imágenes sociales*. México, Tesis maestría en ciencias antropológicas, ENAH.
- URTEAGA, Augusto
1980 "Autonomía obrera y restauración empresarial: una experiencia de comités de fábrica", en *Coyoacán*, México, Núm. 9.
- URTEAGA, Augusto
1982 "El brazo y la mente" en *Cuicuilco*. México, Año V, Núm. 17, ENAH.
- URTEAGA, Augusto
1984 "La antropología metida con obreros" en Margarita Nolasco (Comp.), *La antropología y sus sujetos de estudio*. México, Cuadernos de la Casa Chata Núm. 107, CIESAS.
- VEERKAMP, Verónica
1977 "El mercado informal y la industria: el caso de Ciudad Guzmán", en Guillermo de la Peña, *et. al., Ensayos sobre el sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- VILLANUEVA, Minerva
1980 *Sindicatos y negociación colectiva. Los trabajadores del calzado en León, Gto. Jalapa, Ver.*, Tesis licenciatura en antropología social, Universidad Veracruzana.
- YÁÑEZ, Sergio
1986 "Trabajo y relaciones sociales. Una zona cementera en la Ciudad de México" en *Cuicuilco*. México, Año IV, Núm. 17, ENAH.